



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE222195

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Conciencias inquietas

Cuando una mujer habla demasiado alto y se atreve a decir verdades incómodas, desafía el orden establecido y no pocas veces se la tilda de “loca”. Las primeras mujeres que rompieron el silencio contra la mafia estaban locas. Locas también eran las madres argentinas de Plaza de Mayo que pedían la devolución de sus hijos desaparecidos, o al menos de sus cuerpos. El comportamiento de las místicas, que encontraron en los éxtasis y las visiones un canal para expresar una espiritualidad profunda y revolucionaria, fue visto como algo que estaba en los límites de la razón. Las poseídas y las brujas eran consideradas herejes. Incluso las locas tomaron a las *jurodivaja*, en la tradición rusa las mujeres que seguían a Cristo y que vivían al margen de la sociedad.

Por supuesto, el precio a pagar ha sido muy alto. Muchas mujeres “locas” fueron perseguidas, encarceladas, torturadas o quemadas en la hoguera. Otras fueron recluidas en instituciones psiquiátricas, sometidas a “tratamientos” brutales, privadas de su dignidad y de su voz. La sociedad ha intentado por todos los medios protegerse de estas conciencias inquietas.

El hecho es que las mujeres, históricamente privadas del derecho a hablar en público, han aprendido a utilizar esta etiqueta como una protección, transformando el estigma en poder.

Las sufragistas de principios del siglo XX abandonaron conscientemente la compostura requerida a las damas de su tiempo y se implicaron en acciones consideradas “locas”: encadenarse a las puertas, ayunar hasta el agotamiento o enfrentarse a la violencia y el escarnio. El feminismo, en sus inicios, fue considerado una manifestación de locura colectiva.

Y, sin embargo, también gracias a estas mujeres que se atrevieron a abrazar la locura como postura existencial, que rompieron el silencio y la inmovilidad, hoy podemos imaginar un mundo diferente. Su ímpetu ha sido generativo, a la vanguardia del cambio, una anticipación de revoluciones sociales y culturales que transformaron nuestra forma de vida. **Hildegarda de Bingen, Catalina de Siena, Teresa de Ávila, Teresa de Lisieux**, hoy Doctoras de la Iglesia, fueron voces femeninas proféticas.

La biblista **Marinella Perroni** escribe que esta dinámica surge en las raíces mismas del cristianismo. Las mujeres fueron las primeras testigos de la resurrección de Cristo. **María Magdalena** y las otras que fueron al sepulcro, encontrándolo vacío, llevaron la extraordinaria noticia a los apóstoles, quienes inicialmente “lo tomaron por un delirio y no las creyeron” (Lc 24,11).

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

CONSEJO DE REDACCIÓN

RITANNA ARMENI

GABRIELLA BOTTANI

YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN

CHIARA GIACCARDI

SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH

AMY-JILL LEVINE

GRAZIA LOPARCO

MARINELLA PERRONI

MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ

CAROLA SUSANI

RITA PINCI (COORDINADORA)

EN REDACCIÓN

SILVIA GUIDI

VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano (traducción de ÁNGELES CONDE) se distribuye de forma conjunta con VIDA NUEVA y no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

“Loca” es quien rompe el silencio

Así ha sido el viacrucis de las mujeres que han alzado su voz

LUCIA CAPUZZI

La Cosa se ha instalado entre la mujer que ella quería haber alumbrado y yo. Mi madre me había llevado por un camino equivocado y su obra había sido tan perfecta y tan profunda, que yo no era consciente, ya no me daba cuenta". La "Cosa" era la enfermedad mental. **Marie Cardinal**, la gran escritora franco-argelina, lo contó en su libro *Las palabras para decirlo*, porque lo vivió. Años de angustia y miedos, obligada a quedarse en casa por una madre que le impuso una camisa de fuerza de convenciones y sacrificios para encasillarla en el canon de la "burguesa perfecta". Y así llevó durante mucho tiempo una vida de silencio.

Marie Cardinal empezó a encontrar las palabras a los 33 años, cuando en 1961 se escapó de una clínica psiquiátrica, se armó de valor y entró en el consultorio de un psicoanalista en París: el petit docteur que la salvaría sin drogas y sin medicamentos. Solo usó las palabras para decir las cosas, para hablar de "la Cosa". La locura es algo que puede aprisionar una existencia y siempre se ha utilizado, y sigue utilizándose, como estigma para silenciar, someter y callar a las mujeres. "Esa mujer está loca", dicen los mafiosos cuando una mujer rompe el silencio. Locas también eran las madres de Plaza de Mayo, simplemente mujeres locas de amor por sus hijos desaparecidos por la dictadura argentina de los años setenta.

Incluso la adolescente analfabeta **Bernadette Soubirous** fue inicialmente acusada de locura y amenazada. Nadie la creyó cuando contó sus visiones de la Virgen María en la gruta de Lourdes. Pero la locura fue, y es, una manifestación de libertad elegida por las mujeres para ser ellas mismas, una herramienta para escapar de la restricción social de no poder hablar, especialmente en público. Una alternativa a la convención. "De todas las cosas que las mujeres pueden hacer en el mundo, hablar todavía se considera la más subversiva", escribe **Michela Murgia** en su libro *Stai zitta*.

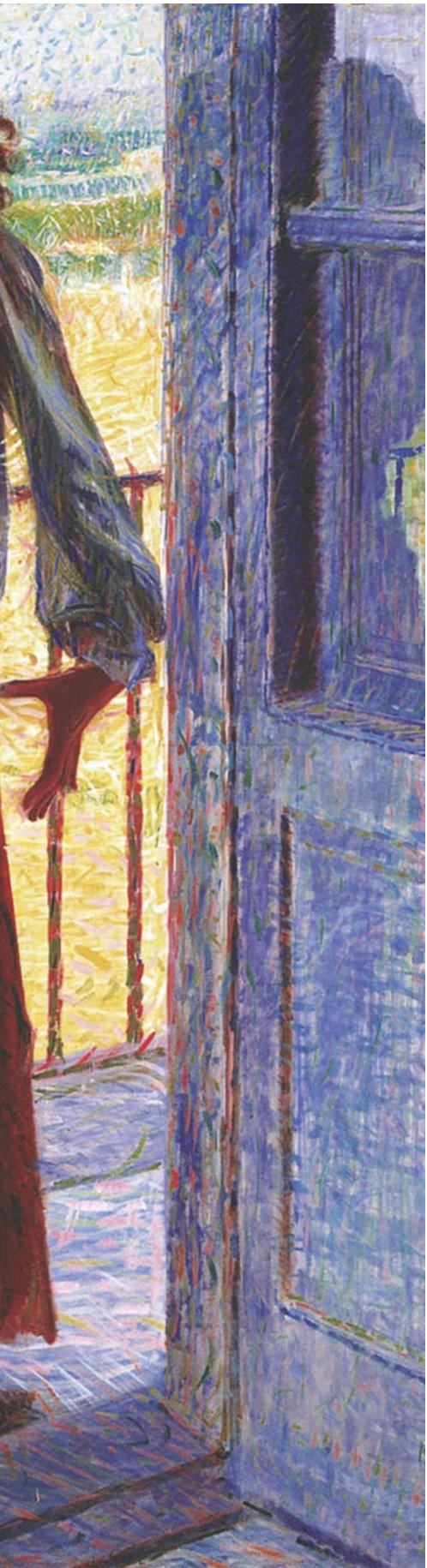
Hablamos de la locura femenina como rebelión, como desafío a la normalidad, como una "técnica" adoptada por necesidad por sabias mujeres de todos los tiempos, desde artistas a pensadoras, pasando por las santas, para escapar de los patrones; para desenmascarar la hipocresía del poder, de la sociedad, incluso de la Iglesia. Hasta en los orígenes del feminismo a las mujeres se las consideraba locas. Las sufragistas eran o histéricas o desequilibradas, y un poco anárquicas, porque se movían exigiendo libertad, autonomía e igualdad.

Movimiento feminista

Cuando se publicó *Las palabras para decirlo*, de Marie Cardinal, en 1975, se relacionó inmediatamente con la llegada de la llamada segunda ola de movimientos feministas, después de la era de las sufragistas, y con el debate sobre la reforma de la psiquiatría. En ese sustrato, la relación entre las mujeres y la "locura" comenzó a explorarse en su dimensión social. Poco a poco, surgió la conexión entre el malestar femenino, descartado como "locura", y la dificultad de adaptarse a una estructura construida sobre la desigualdad de género. La locura, desde ese punto de vista, se convirtió en lo que **Michel Foucault** define como un acto extremo de rebelión contra la racionalidad supuestamente dominante. Por eso, asustaba tanto a los guardianes del orden establecido y fue castigada tan duramente por ellos.

Tres años antes de Marie Cardinal, la psicóloga **Phyllis Chelser** había escrito *Mujeres y locura*, una investigación sobre las enfermedades mentales y el contexto estadounidense de principios del siglo XX, donde la etiqueta de "locas" se utilizaba para encerrar a quienes se consideraban demasiado libres e independientes. Mujeres creativas, excéntricas y fuera de los patrones asfixiantes de la época, a las que no había que escuchar porque era mejor confinarlas fuera de la comunidad y "curarlas". "El camino hacia la patología mental es el precio que pagan muchas mujeres para escapar de los cánones con-





vencionales que se esperan de ellas", afirma **Wanda Tommasi**, profesora de Filosofía en la Universidad de Verona y miembro de la comunidad filosófica femenina Diotima.

En su libro *La razón puesta a prueba por la locura*, analiza las experiencias de autoras que han llevado la razón hasta los confines de la locura en un intento de captar, a través de la escritura, esa materia oscura que es parte de la condición humana. "Un caso significativo es el de **Helene von Druskowitz**, filósofa, escritora y crítica musical austriaca, que estuvo internada en un manicomio durante casi treinta años hasta su muerte en 1918, a causa de su misandria, esencialmente su odio a los hombres. Helene no estaba loca. Solo expresaba un pensamiento muy radical: culpaba a los hombres de la violencia de la historia y sosténía el separatismo entre los sexos".

Desde la antigüedad, el género femenino ha sido considerado más propenso a sufrir trastornos mentales. No la noble locura, fruto de la comunicación directa con las divinidades, como la *telestiké* descrita por **Platón** en el Fedro, y una de las vías para alcanzar la felicidad. *Ekstasis* la llama el antropólogo **Gilbert Rouget**: una alienación de la conciencia, lograda en el silencio, la soledad y la inmovilidad, y expresada a través de alucinaciones, capaz de permitir a la mente acceder a conocimientos más profundos.

Y la locura como posesión era la de las llamadas brujas de la Edad Media y de la época moderna. "Hubiera sido mejor si se les hubiera considerado locas, o mejor aún, si se les hubiera considerado capaces, como en realidad lo eran, de transitar libremente entre el sueño y la vigilia, entre la fantasía y la realidad, entre lo visible y lo invisible", comenta **Wanda Tommasi**.

La posición de la Iglesia, desde hace siglos la única encargada de brindar cuidados, queda entre sombras. Por un lado, se encontraba la locura leída como una posesión de la que había que distanciarse y, en consecuencia, distanciar a aquellas que no encajaban en los cánones y que merecían ser sometidas a la terrible tortura de la hoguera para impedir que el alma poseída se alejara del cuerpo "enfermo". Por otro lado, teníamos la santa locura como manifestación auténtica de la radicalidad evangélica. He aquí las visiones, los éxtasis, las profecías, los fenómenos considerados sobrenaturales que llenaron de esperanza y de asombro a los fieles.

Mitad bruja, mitad loca también era la heroína francesa **Juana de Arco**, que fue quemada en la hoguera con solo diecinue-

ve años para apagar su fuego reformista. Después su figura fue rehabilitada y seis siglos más tarde, Juana fue canonizada.

¿Y qué decir del período convulso que vivieron las beguinas, mujeres dedicadas a la oración y a las obras de caridad, poetas y escritoras, que crearon asociaciones religiosas fuera de la estructura jerárquica de la Iglesia católica? ¿Y de las cátaras, que preferían llamarse "buenas mujeres", y que fueron acusadas de herejía? En la Francia del siglo XIV, la beguina **Margarita Porete**, mujer religiosa y literata, fue quemada en la hoguera por negarse a retirar su libro *El espejo de las almas simples*, una obra sobre la espiritualidad cristiana.

En el siglo XXI, la enfermedad mental más común entre las mujeres es la depresión y afecta al doble de mujeres que hombres. "Son más propensas a reaccionar ante un acontecimiento doloroso, como una pérdida o un abandono dirigiendo su ira contra sí mismas", destaca Tommasi. En este comportamiento vemos una variable social: la expresión de emociones negativas fuertes, como la ira, se fomenta poco en los modelos educativos que se basan en los cánones tradicionales de feminidad. "Las mujeres se preocupan mucho por las relaciones y, para no comprometerlas, están dispuestas a guardar silencio para complacer a quienes quieren", señala.

Sufrimiento psicológico

"Algo une a las mujeres que, en el tiempo y el espacio, ha encarnado la "locura" femenina: dar forma a un deseo desbordante de las medidas y mediaciones masculinas, escapar de los estereotipos mutiladores forjados por otros y hablar a partir de una misma, haciendo resonar la propia voz auténtica. Tanto los grupos de concienciación como la práctica del inconsciente, desde 1970, permitieron a las mujeres descubrir que la sensación de inutilidad que sentía cada una era común a otras mujeres. Cuántas, desde Marie Cardinal hasta la poeta estadounidense **Sylvia Plath**, han 'encontrado las palabras' para contar el sufrimiento psicológico que sufrieron, reelaborándolo en forma literaria. Han transformado el estigma de la locura con el que habían sido tachadas en capacidad creativa. Han demostrado que expresar y compartir las experiencias más dolorosas podía salvarles la vida a ellas y a quienes pudieran reconocerse en ellas", concluye Wanda Tommasi.

Son demasiadas, las vidas femeninas en las que resuena el verso de **Alda Merini**: "Mi vida fue hermosa porque la pagué cara".

Poseídas por Dios y doctoras de la Iglesia

Así son Hildegarda de Bingen, Catalina de Siena, Teresa de Ávila y Teresa de Lisieux

CETTINA MILITELLO

Hay cuatro mujeres reconocidas como Doctoras de la Iglesia. El elemento común que las une es el de la experiencia mística y la profecía. **Hildegarda** fue entregada a Dios a la tierna edad de 8 años cuando ingresó en una ermita. Algo impensable en nuestros días, pero lo cierto es que su presencia en ese lugar favoreció sus dotes extraordinarias. Estamos ante una visionaria, ante una mujer turbada por lo extraordinario. Y como en su época la línea entre la brujería y la experiencia mística era muy delgada, su cuerpo acabó rebelándose. La joven monja quedó paralizada hasta que su carisma profético salió a la luz y ella misma lo abrazó. Hildegarda se convirtió en una profetisa que combinaba las visiones con el conocimiento enciclopédico. Su saber se consolidó en todos los campos de las ciencias conocidas: Escritura, teología, anatomía, medicina, farmacología, astronomía, gemología, música, poesía...

Fundadora de un monasterio autónomo, recorrió las orillas del Rin predicando en las catedrales. Interlocutora de papas y emperadores, no dudó en denunciar las heridas de la Iglesia. Se la puede considerar loca o poseída. Pero es una locura como la de **Francisco de Asís**, quien, un siglo después, se definía a sí mismo como un "loco" en el seguimiento de Cristo.

La locura es una condición límite. Uso el término en el sentido literal, es decir, estar un límite entre lo humano y lo divino; el límite de situarse en la propia historia y en la de los demás y tender hacia Dios, dándole espacio total hasta el punto de ser y aparecer en el límite. Ese lugar les permitía pronunciar palabras fuertes y proféticas para hacer presentes las contradicciones y así empujar a la Iglesia a reformarse. Baste un ejemplo. Ya anciana, Hildegarda permitió el entierro en el cementerio del monasterio de un hombre excomulgado que al final de su vida hizo las paces con la Iglesia. Los eclesiásticos locales, que deseaban que su cuerpo fuera exhumado, no aceptaron su reconciliación. Hildegarda

se negó, apeló al Papa y ganó el caso, pero el monasterio quedó bajo interdicto durante mucho tiempo.

Las monjas se vieron privadas de todo lo que caracterizaba su vida: la liturgia, la asistencia espiritual, el repique de campanas... La precaria situación aceleró la muerte de Hildegarda. Esto nos habla de su capacidad para oponerse a la injusticia, incluso asumiendo riesgos, alineada con la primacía de la justicia y la misericordia. Entregó su primer texto profético, el libro de *Scivias*, a **Bernardo de Claraval**, un monje inflexible con quienes no compartían sus pensamientos. Todas las místicas de las que hablamos debieron someterse al juicio clerical y masculino. Solo así adquirieron autoridad y, pese a que eran mujeres, se ganaron el derecho a la palabra.

El Espíritu como maestro

Lo mismo le ocurrió a **Catalina de Siena**, una mujer muy singular, que también habló con emperadores y papas. Pero, a diferencia de Hildegarda, ella no tuvo otro maestro que el Espíritu. A él le debe la ciencia que emanan sus escritos. La hagiografía indica que, en un momento dado, pudo leer y escribir sin haber tenido maestros. La terciaria dominica vivió en una situación a medio camino entre la secularidad y la vida religiosa. Miembro de una familia muy numerosa, decepcionó sus expectativas

de contraer un matrimonio ventajoso. Su influencia y sus palabras inquietaban a la orden dominica, que le envió un hermano sabio como "inquisidor". **Raimondo da Capua**, más tarde general de la orden, fue quien la examinó y quien se acabaría convirtiendo en su más fiel seguidor.

Es difícil resumir en pocas líneas la influencia que esta mujer tuvo en la Iglesia de su tiempo. Fue a Francia para convencer al Papa de regresar a Roma. Su pasión por la paz era arrolladora y poco común. Su fidelidad al Papa resultó entrañable, el "dulce Cristo en la tierra". Catalina experimentó las alturas del matrimonio místico. No solo la transverberación, es decir, vivir en éxtasis la experiencia del corazón traspasado por el dardo del amor divino –como le sucederá a **Teresa de Ávila**–, sino también el intercambio de corazones entre ella y Cristo esposo. Seguramente acabó anoréxica, alimentándose solo de la Eucaristía.

Teresa de Ávila nos dejó también una rica producción literaria que ilustra su historia reformista y su recorrido místico. No le gustaba a los clérigos contemporáneos, que se oponían a ella. Símbolo de este rechazo es el juicio que expresó el nuncio apostólico en España sobre ella: "Mujer inquieta, errante, desobediente y rebelde que, bajo el título de devoción, inventa malas doctrinas, saliendo de clausura contra la orden del Concilio de Trento y de los



prelados; enseñando como maestra contra lo que recomendaba San Pablo cuando mandaba a las mujeres no enseñar”.

Considerada como loca, pero consciente de la necesidad de trabajar hacia una comprensión consistente del Evangelio. Vivió profundamente atormentada por el peligro de una amenaza diabólica. La necesidad de Teresa de que le aseguraran la naturaleza sobrenatural de su experiencia era paroxística. No cejó en su empeño de denunciar lo mucho que sufrió por ser mujer. Esperó siempre el momento en que las mujeres no fueran juzgadas sobre la base de prejuicios misóginos, sino por su valor.

Otra realidad

Teresa de Lisieux pareció vivir otra realidad diferente a la de estas hermanas. Pero, ¿no es acaso también una locura querer ingresar en el Carmelo a los quince años? ¿Incluso ir a Roma para obtener permiso del Papa? Fue en Roma donde rompió más reglas, bajo pena de excomunión, al entrar en lugares prohibidos a las mujeres. Mucho se ha escrito sobre Teresa “doctora” y su “caminito”. Me gusta recordar el pasaje en el que, en el vértice de las vocaciones que quisiera hacer suyas, antes de ceder a la más evidente –el amor–, dice que también sintió la vocación de ser sacerdote.

Pequeña mártir de una comunidad rigurosa, sabía intérprete de un Dios misericordioso al que se sacrificó, también vivió en los límites de una locura que, volviendo al sentido de la palabra en lengua griega, significa “poseída”. En nuestro caso se trata de mujeres poseídas por Dios, que han elegido dejar “invadirse” por Dios, abriéndose a su amor más allá de todos los límites razonables. Mujeres que no se resignan, que son muy activas. Mujeres sabias, eruditas cuyas enseñanzas todavía hoy nos interpelan.



Las locas que desafían la omertá de la mafia

Francesca Rispoli, presidenta de Libera

CARMEN VOGANI

En la historia de la lucha contra la mafia, la locura tiene rostro femenino. El primero es el de **Serafina Battaglia**, una de las primeras denunciantes. En los años 60 delató ante la justicia el tráfico ilícito de la mafia siciliana y llevó a los tribunales a los capos que mataron a su marido y a su hijo. ¡Para sus familiares actuó como una loca, una mentirosa a la que condenar al ostracismo! Serafina abrió el camino a decenas de mujeres que rompieron el silencio. Construir una red de protección y cuidado en torno a estas valientes es misión de *Libera, nombres y números contra las mafias*, la asociación fundada por el sacerdote **Luigi Ciotti**. Hablamos de ello con la presidenta **Francesca Rispoli**.

¿Quiénes son las locas de la lucha contra la mafia?

Hijas, hermanas y esposas de mafiosos. Casi siempre están movidas por el amor hacia sus hijos y están dispuestas a cambiar sus vidas e identidades. El dato dramático es que no se permite a todo el mundo. Quedan fuera del programa de protección aquellas que no entran en la categoría legal de “testigos” o “colaboradores” de la justicia, es decir, aquellas que no están implicadas en los juicios contra la mafia.

¿Qué riesgos corren estas mujeres?

Si no pueden cambiar su nombre y apellido, pueden ser encontradas y ase-

sinadas. No existe ninguna ley que las tutelle, no existe financiación pública que las incentive. Existe únicamente una red de seguridad hecha por nuestros voluntarios a través del proyecto “Libres para elegir” que actualmente atiende a 50 personas y que afecta por extensión también a sus familias.

¿En qué consiste el proyecto en concreto?

Para quienes se desvinculan de la lógica criminal, se contempla la posibilidad de que sean temporalmente alejados de los menores y las mujeres de sus respectivas familias, con reubicación temporal en otras regiones de Italia.

¿Quién financia el proyecto?

Esto es parte del problema. Es una red autofinanciada, con la contribución de la Conferencia Episcopal Italiana. El Papa conoció a estas mujeres, la Iglesia reconoce su valentía. Pero sin una ley es complicado avanzar.

¿Llegará la ley?

En ello está trabajando la comisión “Cultura de la Legalidad y Protección de Menores” de la Comisión Parlamentaria Antimafia. La ley permitiría que mujeres y menores tengan protección jurídica, atención médica y una oportunidad laboral. Estas mujeres no piden dinero, quieren trabajar y enviar a sus hijos al colegio sin que las rastreen. Esperemos que la ley llegue pronto al Parlamento.

Las únicas que fueron capaces de ver a Jesús

MARINELLA PERRONI

Ellas protagonizan el Evangelio de la Resurrección

A veces son los problemas los que inducen la curiosidad, empujan a plantear algunas preguntas y permiten descubrir algo nuevo. Si se está mínimamente familiarizado con los escritos del Nuevo Testamento, incluso sin ser un experto, es posible percibir algo que asombra y suscita preguntas. Por ejemplo: ¿Existe una conexión entre la resurrección de Cristo, las mujeres y la locura?

Una comparación iluminadora

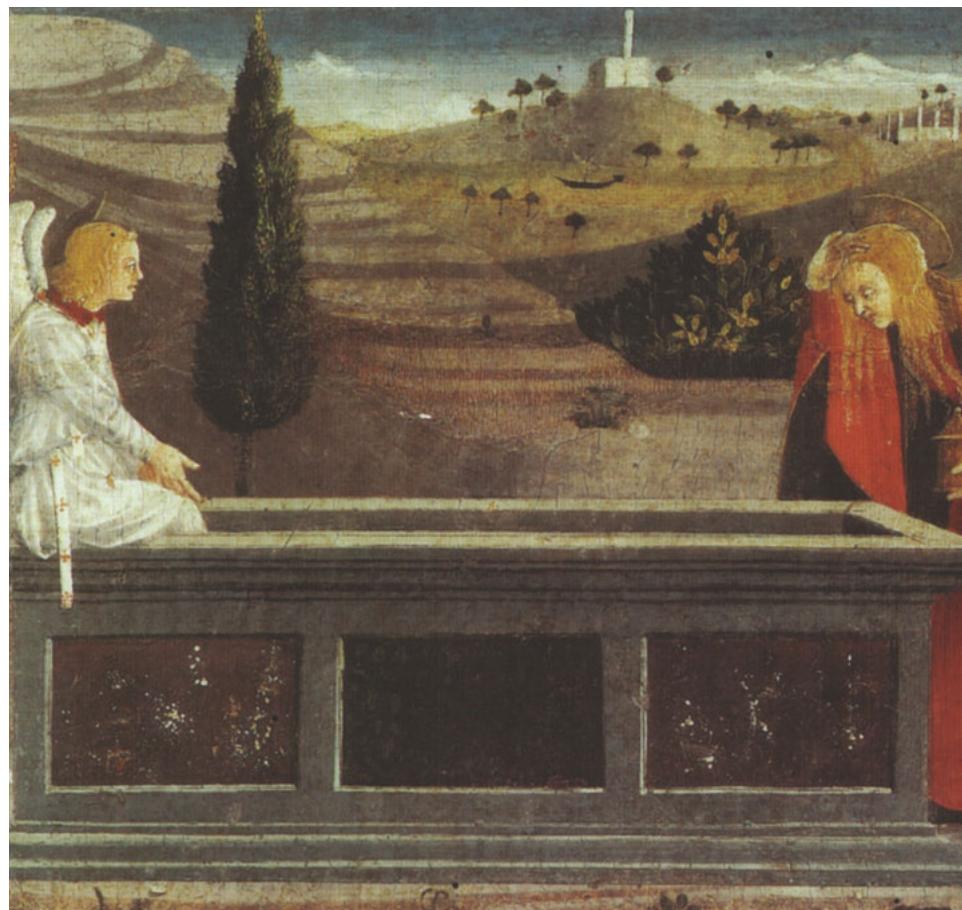
Esclarecedora la comparación entre los relatos de las apariciones pascuales en los cuatro Evangelios y un texto especialmente conocido de una carta de **Pablo**. Los tres Evangelios sinópticos coinciden en afirmar que, además de haber sido testigos oculares de su muerte y sepultura, las discípulas que habían seguido a **Jesús** desde Galilea hasta Jerusalén, es decir, durante toda su misión, fueron también las primeras testigos de la aparición pascual del **Ángel** que les entregó el anuncio de la resurrección y les confió la tarea de difundirlo entre los discípulos. Por su parte, **Juan** se sirve de tradiciones distintas, pero en el fondo es la misma: las protagonistas de los relatos de las apariciones no son las discípulas galileas, sino quien de algún modo representa a la responsable de todas, **María Magdalena**, a quien está reservada la única aparición individual del Resucitado y la entrega explícita del mandato apostólico a los demás discípulos.

En cambio, Pablo, en su primera Carta a los cristianos de Corinto, apoya la declaración de fe sobre la muerte y resurrección de Cristo con una lista de apariciones del Resucitado cimentada en una lista de nombres para avalar los hechos a partir del testimonio de los mismos protagonistas, es decir, representan la garantía de lo que la fórmula declara: **Cefas**, los Doce, quinientos hermanos y **Santiago** y todos los apóstoles experimentaron las apariciones del Resucitado como, después, lo hizo el mismo Pablo. Todos son testimonios estrictamente masculinos. Pablo dice que recibió esa fórmula y esto significa que, cuando escribió la carta en los años 50, esta debía representar un punto fundamental de la primera catequesis cristiana. Por tanto, lo que se transmite en las comunidades judeo-cristianas de la época es que el anuncio de la fe pascual y el testimonio de la resurrección están garantizados solo por los varones. ¿Cómo puede ser entonces que, como hemos dicho, para los cuatro evangelistas sean solo las discípulas galileas quienes tienen la primera experiencia de la Resurrección cuando en la mañana de Pascua encuentran el sepulcro vacío? No es fácil interpretar tal giro de la tradición. Sobre todo, en una época como la nuestra en la que somos rehenes de la

tensión entre el “hecho” y el “bulo” es aún más difícil reconstruir lo que pasó hace mucho tiempo y que nos ha llegado solo gracias a una cadena de interpretaciones. Sin embargo, hay un indicio que merece ser tomado en serio.

El común denominador de la locura

Es interesante notar que al más antiguo de los Evangelios, el de **Marcos**, se añade una segunda conclusión en la que se hace referencia explícita precisamente a las apariciones a María Magdalena y a los dos en el camino de Emaús, pero también se insiste en el hecho de que ninguno de los otros discípulos había creído en su



testimonio y que esto llega incluso a ser motivo de reproche por parte del mismo Resucitado durante su última aparición a toda la comunidad reunida en torno a los Once, “porque no habían creído a los que lo habían visto resucitado” (Mc 16, 9-20). Se puede entender tal vez la necesidad apologética de asegurar que la tradición de las apariciones no se basaba en experiencias individuales que pudieran considerarse difíciles de verificar, sino que estaba más bien enraizada en la realidad de todo un movimiento religioso que ya estaba estructurado de algún modo y que remitía a la autoridad moral de los discípulos históricos de Jesús. Es sorprendente, sin embargo, que la fuerza del testimonio profético de las discípulas, si por una parte es un elemento genéticamente indispensable para el nacimiento del anuncio pascual, deba por otro lado ser atenuada por la conciencia de su dudosa credibilidad: las mujeres son responsables de la génesis de la fe en la resurrección, pero la credibilidad se pierde si se da demasiado valor a su testimonio. ¿Por qué?

Desde este punto de vista, el evangelista **Lucas** es quien nos permite aclarar un poco los términos de la cuestión. Para él, cuando María Magdalena, **Juana** y María madre de

Santiago, así como las otras que estaban con ellas, contaron a los apóstoles su experiencia de la aparición, “ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron” (24,11). Según el tercer evangelista, ni siquiera el testimonio de los dos discípulos de Emaús fue creído, sino que constituye una experiencia comunicable y creíble (24,35), como el de Simón debe considerarse un acontecimiento autorizado (24,34), mientras que solo el de las mujeres representa un delirio: las mujeres anuncian un kerygma increíble (24,9-11) y transmiten una experiencia extática incomunicable (24,22). Y así surge la idea de un vínculo entre la visión profética y la alucinación, entre la experiencia extática y la locura.

Hay un episodio narrado en el libro de los Hechos de los Apóstoles que vuelve a conectar la resurrección, las mujeres y la locura. Cuando Pedro, después de ser liberado de la prisión por un ángel, llama a la puerta de la casa de María “donde muchos estaban reunidos y orando”, la joven sirvienta llamada **Rode** que le abre la puerta y corre a anunciar que está a la puerta, viene juzgada como loca. Podría tratarse de un truco literario para aumentar la tensión narrativa, pero, una vez más, el motivo de incredulidad es un delirio femenino. A Pablo, cuando habla de resurrección delante de los filósofos epicúreos o estoicos, se le trata como a un charlatán y es objeto de burlas (Hch 17,16-34). Sin embargo, nunca se le acusa de locura cuando relataba su encuentro con el Resucitado en el camino de Damasco.

Apariciones pascuales

Los estudiosos coinciden en que la tradición de las apariciones pascuales a las mujeres, y con ellas la acusación de basar la nueva fe en una alucinación, debe haber estado profundamente arraigada y difundida en los primeros tiempos cristianos. Ya en la primera mitad del siglo III, el Doctor de la Iglesia, **Orígenes**, reaccionó contra un filósofo llamado **Celso** que acusaba a los cristianos de basar su fe en el testimonio de una “loca”, reconociendo sin embargo que no conocía a María Magdalena y poniendo a **Pedro** y Pablo como ejemplos alternativos. ¿Misoginia por ambas partes? Es posible. Sin embargo, esta sigue siendo una explicación insuficiente.

Es completamente razonable que una nueva religión que quisiera hacerse un espacio dentro de un mundo cultural y religiosamente complejo como el del imperio asumiera el principio patriarcal de la autoridad y, por tanto, buscara su propia



legitimidad a través de la exclusión de las mujeres, no solo de roles y cargos, sino incluso de la construcción de la memoria colectiva. Esta lógica presidió la construcción de la “gran Iglesia” y su progresiva institucionalización. La pregunta de fondo es otra. De hecho, la fe en la resurrección de Cristo solo podía surgir fuera de esta lógica, solo podía ser inducida a partir de fenómenos místicos, visionarios y saltos proféticos. Solo una fe visionaria, que vaya más allá de los confines de la razón estricta y que sea capaz de alcanzar todos los sentidos en la experiencia de una dimensión sagrada accesible solo en términos místicos, podría romper todas las reglas. Y quizás por eso, solo las mujeres, siempre centinelas en las puertas de entrada a la vida y de salida de la vida, centinelas del secreto del nacimiento y de la muerte, podrían ser las primeras en percibir como posible otro modo de encontrar al Maestro, de mantener vivo su recuerdo y de no buscar entre los muertos al que está vivo.

Por eso, los Evangelios, a pesar de la hostilidad generalizada hacia los testimonios de las mujeres en todos los ámbitos públicos, no pueden dejar de reconocer que solo su protagonismo hizo posible el paso del discipulado hacia un rabino y de un mesías a otro discipulado, el de aquel que “no está aquí, ha resucitado” (Lc 24,6). ¿Su fe visionaria raya en lo que según la lógica del mundo debería llamarse “locura”? Es perfectamente posible, y no es casualidad, que pronto fuera necesario activar procesos capaces de garantizar a la nueva fe la legitimidad de las figuras masculinas. Pero para Marcos, Mateo, Lucas y Juan, precisamente de su “locura” nació el Evangelio de la resurrección.





La tarea de las excéntricas

Era un hermoso día de verano en la residencia estival de Tsarskoe Selo cuando a **Catalina II de Rusia** y su corte les sacudió un trágico acontecimiento. La joven **Freilina Evdokija** había desaparecido misteriosamente. Su ropa fue encontrada en la orilla del lago, pero ni rastro de la muchacha. No se supo nada más de la princesa **Evdokia Vyazimetseva**, la amada dama de compañía de la zarina, pero mucho se dijo de una extraña mujer que apareció poco después. Dijo llamarse **Eufrosina**, vestía un vestido de lino gris que no la protegía del frío, paseaba por los mercados y agitaba un bastón mientras predicaba sobre el regreso a la oración y al Evangelio. Eufrosina vivía en la inmundicia, hablaba con los animales, tenía gran compasión por el sufrimiento ajeno y mortificaba su cuerpo con la penitencia. La consideraban una loca, se burlaban de ella y la insultaban; pero cuando empezó a adivinar el futuro, a curar a los enfermos y a ver en lo profundo de las almas, quedó claro para todos que la mujer, lejos de estar loca, era en realidad una *jurodivaya*.

Es el término utilizado en Rusia para indicar a aquellos ascetas que han elegido el camino de la “locura por amor a Cristo”, hombres y mujeres capaces de llevar una vida de penitencia y mortificación en nombre del Evangelio. Caminaban por las calles cubiertos de tierra y harapos o incluso desnudos, esqueléticos y profetizando desgracias con mirada angustiada. La regla de los excéntricos encontró un gran número de seguidores en Rusia desde el siglo XII hasta ahora. El pueblo ruso, que vivía en su mayor parte en condiciones de extrema pobreza, siempre fue muy devoto de estos personajes que eran capaces de dar un potente testimonio de la redención por la fe. Los expertos señalan que esta excéntricidad no debe confundirse con la locura. Porque es difícil dialogar con los enfermos de locura, pero no lo es con los excéntricos. Su renuncia total los hace

ELEONORA MANCINI

La jurodivaya rusa ejerce como precursora de otras profetas de hoy

libres, capaces de despertar conciencias y desenmascarar convenciones y compromisos. El excéntrico subvierte las órdenes y provoca escándalo, pero cuando es necesario sabe dar marcha atrás y razonar como una persona sensata.

Las mujeres excéntricas ocupan un lugar especial en las hagiografías y en los corazones de los ortodoxos. Aumentaron bajo el reinado de **Pedro el Grande**, quien persiguió violentamente a los varones *jurodivye*. No fue tan severo con las mujeres, cuya conducta era menos perniciosa. Ellas continuaron imperturbables en el camino de la predicación en nombre de Cristo, cada una a su manera y con muchos elementos comunes. Como su deseo de liberarse del yugo de la familia y de las convenciones, después de haber sido protagonistas de muchas historias dramáticas de violencia doméstica. Así le sucedió a **Marfa de Suzdal**, que eligió este camino para escapar de sus hermanos mayores que la habían reducido a un estado intolerable de esclavitud. O el caso de **Elena de Arzamas**, cuya vocación a la vida religiosa tuvo que chocar con la insensibilidad de sus padres, que querían obligarla a casarse. El día de su boda, Elena no dudó en saltar por la ventana, quitarse el vestido de novia y revolcarse en un charco de barro, dejando boquiabiertos a su familia y al novio, que no quiso saber más de ella.

El camino de la excentricidad solía tomarse después de una peregrinación a pie a los mayores santuarios para hacer penitencia. No sería posible de otra mane-

ra hacer frente al duro yugo que se imponían a sí mismas. ¿Cómo se puede dudar de la profunda fe de **María de Belgorod**, a quien le gustaba mucho beber, pero decidió expiar sus pecados realizando la tonta tarea de cavar una cueva? Pasó años cincelando la roca con sus manos ensangrentadas, muchas veces perseguida por las autoridades, hasta que el zar **Alejandro I** aceptó financiar la construcción de una iglesia dentro de la cueva donde la mujer había trabajado durante veinticinco años. ¿O cómo no sentir lástima por **Matrionuška Bosonožka**, que fue desde Petersburgo a las islas Solovki y luego a Jerusalén descalza, sin importarle si era verano o invierno, vestida únicamente con un abrigo blanco?

Gran influencia

En el período revolucionario, la fe de las excéntricas tuvo gran influencia. Su clarividencia asustaba, confundía y desarmaba hasta tal punto de que el poder soviético prefería ignorarlas. Como hizo con la Matrona ciega de Moscú que vivía rodeada de iconos y que predijo un grave accidente al miliciano que vino a arrestarla: el hombre corrió a casa y logró salvar a su esposa de la muerte. Decidieron liberarla y Matrona se convirtió en un referente para los fieles en la persecución comunista. Es la mujer excéntrica la que toca los corazones por su testimonio de libertad y de redención y vislumbra una nueva dimensión del futuro.

¿Queda lugar hoy en día para estas predicatoras? Durante meses, vimos sentada delante del parlamento sueco a una adolescente. “Por el cambio climático”, decía. Gritaba contra los poderosos, la siguieron los humildes, sacudió las calles. Muchos la tomaron por loca, pero el mundo se detuvo para escucharla.



Poesía como resurrección

MARCO CAMPEDELLI

En la mesa de la morgue donde diseccionan las palabras de los poetas, ya no hay más poesía de **Alda Merini**. Como por una combustión divina quedaron solo algunas quemaduras en el sudario. De las palabras, ni rastro. Así imagino la resurrección de esta poesía impertinente, el vuelo del “manco pájaro de vientre blanco” que escapa a las trampas de la crítica y de la religión.

Hay quienes han desatado a los sabuesos para rastrear a la poesía fugitiva. Han hurgado en el historial médico de Alda, ansiosos por encontrar el código secreto de sus huellas dactilares en su enfermedad psiquiátrica. Pero me estoy desviando del tema. Deberían más bien buscar pistas en tragedias antiguas, donde otros como ella han dejado quemaduras divinas. Es la misma “manía” que aflige a las mujeres del mito: Casandra de Esquilo, Antígona de Sófocles o Medea de Eurípides. O al final del Evangelio, donde **Jesús** es llamado el “loco”, el que está “fuera de sí” (ex-stasis), como está escrito en el más antiguo de los relatos evangélicos, el de **Marcos**.

Lo que genera asombro y hasta temor es la inmensidad del verso que te llega y que podría aplastarte. Palabras que se rebelan contra la burocracia de la línea, del cuadrado, y sacuden, escapan al control.

Es la enfermedad burguesa que ha golpeado las palabras, bajo el rígido control del poder. Ningún terremoto, ningún trastorno, ninguna “catástrofe”, como ella creía que había sido Cristo para los calculadores mediocres, puede perturbar la falsa tranquilidad de la indiferencia. La poesía de Alda Merini, escapó a este verdadero manicomio del control social y académico. Rechazó la medida de lo posible en favor de la inmensidad de lo imposible. Solo esto le permitió sintonizar con el “exterior”, con el “divino excesivo”, con el paisaje de lo invisible. Así, con esta arriesgada persecución llegó a la habitación secreta de **María**, hasta que vio el azul del ala de un ángel y el rugido de su motor divino. Allí Alda conoció a la Madre/ la que conmigo/ comía la tierra del manicomio/ creyéndola pasto divino/ la que se ató a los pies de su hijo/ para ser arrastrada con él a la cruz...

La aparente paradoja es que Merini alcanzó las alturas no negando su cuerpo, sino a través de los “teclados divinos” (Da-

Alda Merini exploró la experiencia humana en la escritura

vid María Turoldo). Es el control del cuerpo lo que genera el control de la palabra. A través de su cuerpo Alda Merini escapa de la prisión, de los altos muros del control, de los recintos de la “corrección política”. Alda entra en el cuerpo de la **Magdalena** y conecta con la pecadora: *Yo sé que me habrías estrechado contra tu corazón/ y todas las heridas/ que estos violadores infligieron/ se han cerrado/ (...) Cómo ardían mis heridas, Señor/ (...) Estaba tan intacta, Señor/ ante tu mirada/ que tú has visto y elegido a la primera discípula* (del Cantar de los Evangelios).

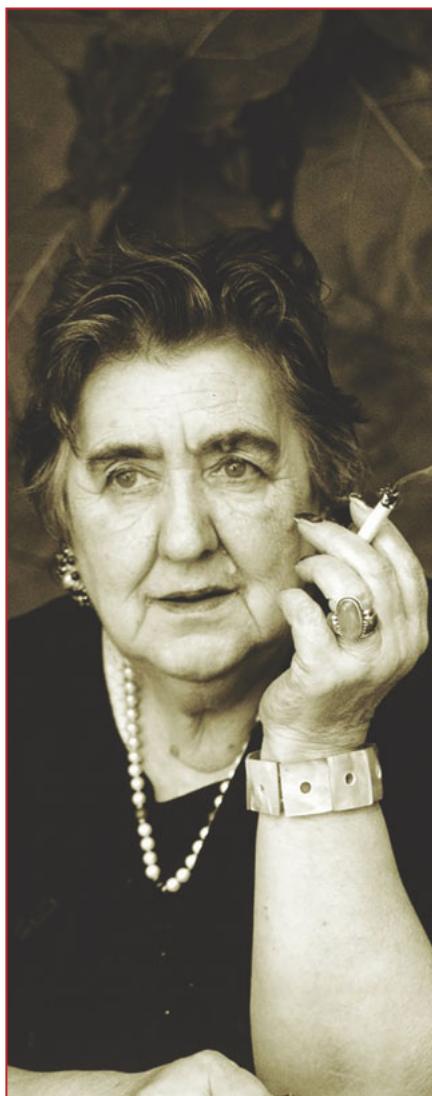
Esta superposición culpable, de una visión patriarcal, en la que la pecadora habría quitado la autoridad a la Magdalena, se convierte en Merini en cambio en una especie de rehabilitación poética

y política de la mujer, humillada y violada por el poder, una inclusión definitiva de la mujer en el espacio de lo divino. Imagino que Merini puede lanzar su invectiva contra la costumbre burguesa de confinar los sentimientos y desalojar el amor de la casa.

De día y de noche, durante muchos años me llegaron los dictados poéticos de Alda Merini. Fue ese exceso celestial el que creó ansiedad mezclada con una especie de euforia. Cada vez era un salto, un retorno al origen de la poesía o a la poesía del origen. Esa palabra fuera de control, pariente de la palabra divina.

Era la fuerza divina de las mujeres. Me di cuenta de esto cuando llevé a una joven iraní a Merini, porque estaba haciendo su tesis sobre *La poesía de Alda Merini y el misticismo sufí*. Era el 21 de mayo de 2008. La joven era **Mahtab Ali Mohammadi Malaeiri**, sorda y ciega. Para comunicarse con ella había que escribir en la palma de su mano. En el diálogo entre estas dos mujeres fui testigo de la combustión divina de la poesía, que quema las manos, de su cuerpo, de ese “Jesús con corazón de mujer” que Alda dibujó en la palma de la mano de Mathab, ese divino maestro que “arrastraba su larga cola de esposa”.

Cuando murió mi padre, Alda me dictó un poema en el que la muerte y el amor se perseguían. Frente al “gigantismo” de la muerte, sentí toda la inmensidad del niño, de su espada de hojalata ante lo incommensurable. Y también elegí entre el “burgués pequeño” y la medida “mínima e inmensa” de la poesía, entre permanecer en el recinto del “sentido común” y el “éxtasis”, el afuera divino, la danza loca de Alda. Todavía no me he arrepentido.



Alda Merini

Una de las más grandes poetisas italianas (1931-2009). Estuvo internada en un hospital psiquiátrico. Despues sufrió períodos alternos de salud y de enfermedad, probablemente debidos a un trastorno bipolar. Su experiencia dio origen a textos intensos, entre ellos: *Tierra Santa*. **Marco Campedelli**, *don Chiodo* para ella, que era su amigo y recibía muchos de sus poemas al dictado telefónico, habla de ella en el libro *El Evangelio según Alda Merini*.

Cuando el estigma se convierte en creación

GIORGIA CALÒ

La imagen de la artista femenina se relaciona muchas veces con la de la locura. En el imaginario colectivo del pasado, la creación femenina se reducía a un acto impulsivo, irracional, casi febril. Una narrativa que, aunque deriva de la tradición patriarcal, encuentra encarnaciones complejas y asombrosas en algunas figuras de la historia del arte. Pensemos, por ejemplo, en **Camille Claudel** (1864-1943), escultora extraordinaria, alumna de **Auguste Rodin**, cuyo talento quedó eclipsado por su atormentada relación con el maestro. Muchas veces, su arte se percibió como una expresión de inestabilidad emocional más que como la de un genio creativo, hasta el punto de que su familia la internó en un manicomio donde pasó los últimos treinta años de su vida olvidada por todos.

Otro triste ejemplo es **Séraphine Louis** (1864-1942), conocida como **Séraphine de Senlis**, una pintora autodidacta cuyo talento fue descubierto tardíamente por el crítico y coleccionista **Wilhelm Uhde**, para quien la mujer trabajaba. Sus obras, caracterizadas por colores intensos y motivos florales casi visionarios, fueron interpretadas más como fruto de una inspiración mística y obsesiva y no de un auténtico proceso artístico. Después de una crisis nerviosa debido al colapso de su carrera durante la Gran Depresión, también fue internada en un hospital psiquiátrico donde murió sola.

Sin embargo, hay artistas que no han sufrido pasivamente la locura, ni se han dejado definir por quienes las consideraban "diferentes", sino que han transformado su alienación en un poderoso medio creativo y una herramienta expresiva revolucionaria. Entre ellas se encuentra **Yayoi Kusama**, nacida en 1929 en Japón, hoy una de las artistas vivas más famosas del mundo por su lenguaje visual marcado por la obsesión y la repetición, en constante diálogo con su psique. Desde pequeña, fascinada por los dibujos del mantel familiar, sufría alucinaciones, experiencia que logró transformar en fuente de inspiración desde su juven-

Yayoi Kusama y Carol Rama abanderan el arte de la libertad



Modelo de cera de Yayoi Kusama (a la derecha) de Louis Vuitton para la presentación de la colección 2012 (Garry Knight, Wikimedia Commons) y, arriba, su famosa «Calabaza» (Wikimedia). Carol Rama, circa 1980 (Pino Dall'Aquila, Wikimedia Commons), y la obra «El punzante promontorio oriental», Foto Roberto Goffi © Archivo Carol Rama, Turín

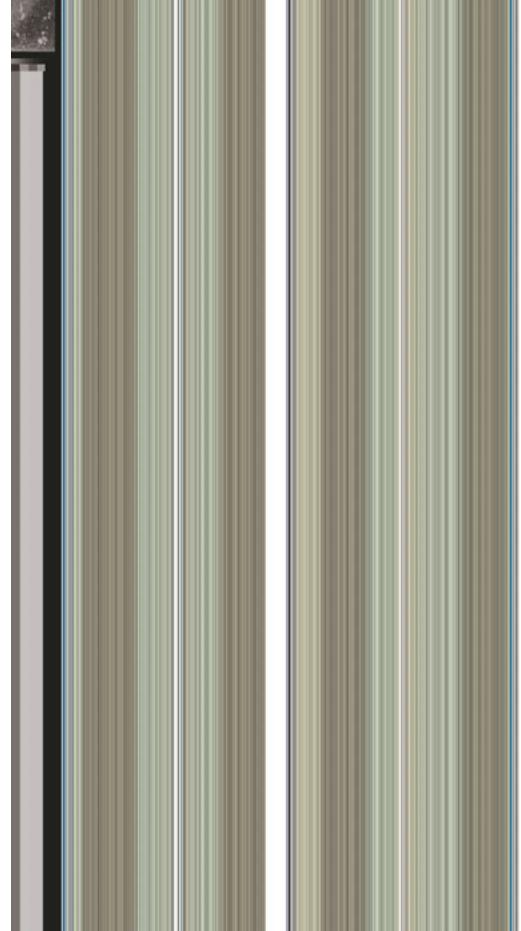
tud. En la década de 1950, Yayoi Kusama abandonó Japón para trasladarse a Nueva York, deseosa por establecerse en la escena artística de vanguardia. Antes de partir, escribió a **Georgia O'Keeffe** (1887-1986), a quien admiraba profundamente, pidiéndole consejo sobre cómo abrirse camino en el mundo del arte en Estados Unidos.

Marcas repetidas

La artista estadounidense, que pasó por períodos de fragilidad psicológica hasta el punto de interrumpir su carrera por un largo tiempo, la animó y le dio varios consejos sobre cómo abrirse paso en el mercado de arte local. Durante este período Kusama desarrolló sus famosas *Infinity Nets* –también título de su autobiografía–, grandes lienzos cubiertos de marcas obsesivamente repetidas que, al igual que sus instalaciones de espejos y lunares, son intentos explícitos de dominar la ansiedad y el vacío interior. Convencida de que "nuestra tierra es solo un punto entre un millón de estrellas en el cosmos", Kusama comenzó a crear obras capaces de disolver la estructura y el centro, sumergiendo al espectador en un vórtice sin límites para explorar lo desconocido.

Pero el éxito no le impidió caer en profundas crisis y en 1977 decidió voluntariamente vivir en una clínica psiquiátrica en Japón. Hoy, Kusama es conocida por su arte inmersivo y cautivador y por las *Infinity Rooms Immersive* con las que ha transformado el trastorno obsesivo-compulsivo en un rasgo estilístico icónico, tanto que también ha influido en la moda, como demuestra su colaboración con **Louis Vuitton** en 2023. Al integrar la terapia en su proceso creativo, la obra de Kusama demuestra el poder del arte para sanar, transformar y trascender fronteras, convirtiéndose en un medio de conexión infinita.

Un emblemático caso italiano es el de **Carol Rama** (1918-2015), artista visionaria y rebelde que supo subvertir las narrativas impuestas sobre la locura y la feminidad. Aunque su infancia transcurrió en condiciones cómodas, su vida pronto estuvo marcada por profundos traumas, como el suicidio de su padre y el internamiento de su madre en un manicomio, acontecimientos que influyeron en su sensibilidad artística y transformaron la pintura en una forma de curación y supervivencia. Sus primeras obras muestran cuerpos femeninos en poses



explícitas y perturbadoras que provienen de sus recuerdos de las visitas a su madre: “[...] No entendía que estaba en un ambiente de hospital psiquiátrico y [...] he visto a estas mujeres, agachadas en el suelo, con las piernas abiertas, el trasero al aire, y pensé que todo el mundo era así, ¿no?”.

Así es como su percepción del mundo se transforma, llevándola a considerar la normalidad como una construcción social y a reconocer la locura como una condición que desafía las convenciones. La imagen de aquellas mujeres, alejadas de las expectativas sociales, ayudó a configurar

su propuesta artística, en la que la irregularidad, la transgresión y el sexo como instrumento de lucha, se convirtieron en elementos esenciales de su arte.

Carol Rama nunca se definió como loca, pero jugó con el concepto de “desviación”, rechazando las etiquetas psiquiátricas y transformando el dolor en arte subversivo. Su producción ha pasado por diferentes etapas, desde las primeras acuarelas hasta las obras más atrevidas, culminando en trabajos que cuestionan la locura y la marginalidad. Hoy es reconocida como una de las artistas más originales y revo-

lucionarias del siglo XX, celebrada por su capacidad de subvertir la frontera entre la normalidad y la locura, la intimidad y la provocación. Su exploración del cuerpo y la materia, lejos de etiquetas fáciles de consumir, ofrece nuevas claves interpretativas para su obra que sigue siendo un poderoso acto de rebelión y libertad, en el que la locura se convierte en una forma extrema de lucidez y el sexo en una herramienta para la lucha social y política.

Lenguaje innovador

Las historias de estos artistas demuestran cómo la locura, real o percibida, puede reelaborarse en un lenguaje artístico innovador y liberador, sacándola de la retórica de la debilidad y transformándola en un arma de emancipación. Kusama, Rama, Claudel y Séraphine de Senlis enfrentaron el estigma convirtiéndolo en creación, demostrando que la frontera entre el genio y la inestabilidad es a menudo una construcción cultural más que una verdad absoluta. Su “locura” no es una condición pasiva, sino una fuerza generadora, un campo de exploración que las ha llevado más allá de los límites impuestos por el sistema del arte. En una época en la que el concepto de normalidad se cuestiona constantemente, su obra nos recuerda que la locura, más que una enfermedad, puede ser una forma extrema de lucidez.



Tocar el órgano y acoger

La Abadía de Notre-Dame de Jouarre es una antigua y famosa abadía francesa, a 70 km de París, habitada por monjas benedictinas que viven según la regla de San Benito, *ora et labora*. Las monjas sienten un gran afecto por el órgano de su iglesia, un preciado Mutin-Cavaillé-Coll, nombre que era la excelencia entre los organeros. **Aristide Cavaillé-Coll** fue uno de los más famosos de todos los tiempos y **Charles Mutin** fue un alumno brillante que entró como aprendiz en la Maison Cavaillé a los 14 años. Gracias a su talento se convirtió en el sucesor del Maestro, haciéndose cargo de la fábrica.

Hoy en día no quedan muchos constructores de órganos. Y faltan “monjas capaces de apreciarlos y cantar con ellos”, admiten ellas mismas. Así, la comunidad monásti-

ca vive una forma particular de acogida que se desarrolla en torno a su propio órgano y al servicio de su propia liturgia. Tienen un anuncio destacado en su sitio web (abbayejouarre.org): “Estamos buscando personas dispuestas a brindar el valioso servicio de organista a la comunidad, de forma ocasional o regular”.

No hay compensación, hay un intercambio de “buenos servicios”: las benedictinas ofrecen estancias con libre acceso a su Mutin-Cavaillé Coll y los huéspedes encuentran en el monasterio un lugar de contemplación y alojamiento, además del precioso órgano “en el que trabajar y un espacio litúrgico vivo para poner sus talentos al servicio del Señor y de los hermanos”. Hasta ahora, todos están felices y contentos. “Hemos llegado al significado

profundo de lo que llamamos ‘intercambio’: nada de comercial, sino la pura gratuidad donde cada uno acoge en el otro lo mejor que tiene”, escriben las monjas.

“La variedad de organistas es, para una comunidad estable como la benedictina, una riqueza donde cada uno, según su talento, aporta su toque personal a la liturgia. Hemos descubierto breves momentos de meditación musical después de las Vísperas, improvisaciones antes de las antífonas y piezas que hicieron sonar nuestro órgano como rara vez lo hace. ¡Pero no interrumpiremos la experiencia! Así que: ¡un consejo para los aficionados!”, escriben.

Y añaden unas instrucciones de servicio con una buena dosis de ingenio. “Estamos en Jouarre, se puede llegar en tren desde París Est, desde la estación hasta el monasterio se tardan diez minutos en coche o en autobús (o 40 minutos a pie cuesta arriba). Nos encargamos de tu alojamiento y comidas. Es posible, fuera de los servicios y de los momentos de silencio para la oración privada, trabajar en nuestro órgano. Horario para los días laborables: Laudes-Misa a las 8.45, Vísperas a las 17.45, ¡sin olvidar las vigilias a las 5.30! (dependiendo de tu ‘locura matutina’). Domingo: Misa a las 9.45, Vísperas a las 17. Última petición: el organista sería útil los fines de semana para la misa dominical y las vísperas; durante las solemnidades y celebraciones entre semana para la Misa y las Vísperas”.

Voces de fe y de mujeres resistentes

La reacción de las Iglesias estadounidenses a la política migratoria de **Trump** aún no está definida, pero ya han ofrecido una visión clara de lo que les preocupa. La primera señal fuerte de descontento provino de una mujer el día después del juramento del presidente estadounidense. La obispa episcopaliana de Washington, **Marian Edgar Budde**, conocida por su compromiso con la justicia social y los derechos humanos, instó al presidente a “mostrar misericordia” con los inmigrantes recordando que “las personas que recogen nuestra fruta en los campos y limpian nuestras oficinas, incluso si no son ciudadanos o no tienen la documentación

en regla, son buenos vecinos y pagan impuestos”.

Trump respondió confiando la Oficina de la Fe a la teopredicadora **Paula White**, pastora de la teología de la prosperidad (“*Dios recompensa con riqueza y salud a quienes tienen una fe fuerte*”), su consejera espiritual.

La Iglesia católica estadounidense también ha alzado su voz en defensa de los migrantes. El cardenal **Robert McElroy** insistió en que las deportaciones masivas son “incompatibles con la doctrina católica”. El jesuita y escritor **James Martin** reiteró en una entrevista en *La Stampa* que “los obispos de Estados Unidos, así como los párrocos y los laicos, deberían defender con mayor determinación los derechos

de migrantes y refugiados”. Esta batalla no será fácil. El vicepresidente **Vance** acusó a los obispos católicos de recibir cientos de millones de dólares para ayudar a los migrantes, sugiriendo que sus esfuerzos tenían más que ver con proteger “su negocio” que con un deseo genuino de justicia social. El estado de Texas ha acusado a algunas parroquias de albergar a migrantes protegiéndolos de las autoridades. La reacción del cardenal **Timothy Dolan**, arzobispo de Nueva York, fue muy firme: “Es realmente difamatorio. Muy feo”.

RITANNA ARMENI

A pesar de las dificultades, el apoyo de la Iglesia a los inmigrantes sigue siendo firme y decidido. Según el *Washington Post*, en 2023 la Iglesia recibió 123 millones de dólares en donaciones para asistencia a migrantes y gastó 134 millones de dólares. En la frontera entre Estados Unidos y México, la hermana **Norma Pimentel**, directora de Caridades Católicas del Valle del Río Grande, trabaja incansablemente en favor de los inmigrantes de América Latina. Les expresa amor y esperanza a través de sus pinturas.



Magdi, la trabajadora que será beata

María Magdolna Bódi quería ser monja, pero no se lo permitieron porque sus padres no estaban casados. El padre era un hombre pobre, rudo, alcohólico y ateo. Sus orígenes eran desconocidos y sin documentos no le hubiera sido posible contraer matrimonio. Así, cuando María Magdolna, Magdi, nació el 8 de agosto de 1921 en Szigliget, un pequeño pueblo de Hungría, fue registrada como hija ilegítima. Recibió el bautismo, la primera comunión y la confirmación, pero se le negó el ingreso al convento porque eran las reglas religiosas de la época. Como su fe era profunda, decidió consagrarse por sí sola a los veinte años durante un retiro espiritual. Se consagró a Cristo Rey haciendo voto privado de castidad perpetua.

Trabajaba en una gran fábrica química que empleaba a miles de trabajadores y que se consideraba vanguardista en cuanto a medidas sociales. Magdi entró a formar parte de la Asociación de jóvenes trabajadoras y se convirtió en un punto de referencia para sus compañeras. En 1943 hizo un curso de enfermería para poder ir al frente y prestar asistencia, pero la notificación del

reclutamiento nunca llegó. Los dueños de la fábrica no querían perder a una de sus mejores trabajadoras. María Magdolna Bódi no tenía aún 24 años cuando murió víctima de la violencia machista, asesinada a sangre fría por haberse resistido a la violación de un soldado enemigo.

Fueron años terribles. En 1944 el Ejército Rojo avanzaba en territorio de Hungría, un país que durante la Segunda Guerra Mundial había estado durante mucho tiempo del lado de las potencias del Eje. La tragedia ocurrió el 23 de marzo de 1945, cuando las tropas soviéticas llegaron al pequeño pueblo de Litér, donde la familia de Magdi se había mudado para trabajar.

La joven trabajadora se encontraba en un patio junto con algunas mujeres y sus hijos cuando llegaron en una motocicleta dos soldados soviéticos armados. Uno de ellos le ordenó entrar en el refugio. Ella sabía lo que le esperaba. Se defendió, apuñaló al soldado en el ojo con unas tijeras y trató de escapar, advirtiendo a las otras mujeres del peligro. El soldado reapareció y le disparó. Seis balas la atravesaron. Los testigos dicen que murió diciendo: "¡Señor, Rey mío! ¡Llévame contigo!".



La causa de canonización de María Magdolna Bódi comenzó en 1945. Fue impulsada por József Mindszenty, entonces obispo de Veszprém, más tarde cardenal primado de Hungría, arrestado después de la guerra, torturado y condenado a cadena perpetua por el régimen comunista. En 1990 retomó la causa el obispo József Szendi. El 23 de mayo de 2024 el Papa Francisco reconoció el martirio de Magdi. Su beatificación tendrá lugar en Veszprém el 26 de abril.

Un sistema que no escucha a los niños

FEDERICA RE DAVID

Hay cosas delante de nuestros ojos que ni vemos. Esa es la tragedia". Una vez más en Francia, todo el mundo interpela a Sor Véronique Margron tras la conmoción provocada por las denuncias de presuntos abusos cometidos en el colegio católico Notre-Dame-de-Bétharram. Y la presidenta de la Conferencia de Religiosos y Religiosas de Francia, la CORREF, habla claro como siempre. Ante las más de 150 denuncias de ex alumnos del instituto, la ministra de Educación, Elisabeth Borne, anunció un plan de lucha contra la violencia en las instituciones privadas concertadas con el Estado que se divide en tres puntos: 1) organizar la denuncia sistemática de los episodios de

violencia, 2) recoger mejor las opiniones de los estudiantes, 3) reforzar los controles en la educación privada contratada. Para garantizar, aseguró, "que este tipo de violencia no vuelva a ocurrir nunca más".

El escándalo es enorme. Decenas de exalumnos del colegio católico de los Pirineos Atlánticos denunciaron malos tratos y violencias sexuales y/o físicas perpetradas por el personal del centro a lo largo de varias décadas. Marc Aillet, obispo de Bayona-Lescar-Oloron, ha reconocido "el sufrimiento de las ví-

timas". Se creará una comisión de investigación independiente que se ocupará de los actos cometidos en el colegio de Bétharram por religiosos, pero también por laicos. Sus conclusiones serán públicas. Pero mientras tanto, son las voces femeninas las que agitan las conciencias y no dejan de presionar para que nada se silencie.

Desde hace cinco años, Véronique Margron se dedica a escuchar a las víctimas de violencia sexual en el seno de la Iglesia. Tras el informe de la Comisión Independiente sobre Abusos Sexuales en la Iglesia (CIASE), continuó concienciando al público sobre el drama de los menores víctimas de abuso. En respuesta a las preguntas de los

periodistas, subrayó que el asunto Bétharram es posible porque "vemos sin ver, oímos sin oír, en resumen, minimizamos colectivamente".

"O bien miramos hacia otro lado socialmente, o nos decimos que no es asunto nuestro, o lo minimizamos. Y lo he visto en muchos otros lugares además de Bétharram, a veces a menor escala, pero es el mismo fenómeno: los niños hablaban, los niños siempre han hablado y no se les ha escuchado cuando hablan", añadía. La psicóloga Lorraine Angeneau asegura: "Nuestra responsabilidad colectiva es poder dar fe de que lo ocurrido ha sido criminal y aterrador con el fin de preservar la libertad para declarar".





Ranir en la puerta de su casa, en las estrechas calles de la ciudad antigua de Damasco



El renacimiento de Ranir hacia

Las religiosas del Buen Pastor ayudan a las refugiadas sirias

TEXTO Y FOTOS LIDIA GINESTRA GIUFFRIDA

La lucha colectiva por la liberación, ya sea de un tirano, de la ocupación de otro país o de un régimen opresor, implica también a las batallas personales y cotidianas de cada ser humano. Las mujeres sirias, que han luchado durante más de cincuenta años contra la tiranía dentro y fuera de sus hogares, lo saben bien. **Ranir** lo sabe bien. Mientras su país intenta recuperarse de una guerra que dura más de una década, ella reconstruye su nueva vida en las afueras de Damasco, lejos de las miradas de sus padres y de su exmarido. Tiene veintiocho años y es cristiana. Una delicada sonrisa ilumina su rostro mientras espera en la puerta a que su hijo **Alfredo**, el mayor, llegue a casa con la habitual bolsa de pan en sus manos.

Cuenta que estuvo siete años con su ex marido hasta que él hizo “algo demasiado difícil de aceptar incluso para mí, que ya lo había sufrido durante todo ese tiempo”. “Me había resignado a su abuso de mi cuerpo, pero el punto de inflexión fue la violencia contra mis hijos. No podía aceptarlo. Fue entonces cuando decidí irme y no volver jamás”, asegura. Hace dos años, Ranir huyó de la casa donde vivía con su esposo y sus dos hijos. “Mi casa era una pesadilla, no podía dormir, tenía miedo de que en cualquier momento mi exesposo pudiera golpearme, abusar de mí o hacer daño a mis hijos”, continúa la mujer. Al

principio, Ranir fue a casa de sus padres a pedir ayuda, “pero ellos, como suele suceder, me llevaron de vuelta con él”.

Pensó que sería su fin, pero cuando no vio otra salida que la muerte, Ranir conoció a las Hermanas del Buen Pastor y su refugio. “Cuando todavía estaba con mi marido iba todos los días a la iglesia a pedirle a Dios que me salvara. Había una mujer allí que siempre rezaba a mi lado y enseguida entendió que mi marido me pegaba. Me aconsejó que fuera a las Hermanas del Buen Pastor a pedir ayuda”, dice mientras prepara café árabe en un hornillo, el único que tiene en casa. “Todavía recuerdo –cuenta– la primera vez que fui a ver a las hermanas, era jueves. Llegué a la puerta del convento y llamé tan fuerte que al final me abrieron, pero me dijeron que tenía que volver el lunes. Empecé a llorar desesperada, gritando que no podía volver con mi marido o me mataría, y que mis padres ya no me aceptaban. Así que me dejaron entrar”.

Un lugar revolucionario

Es aquí, entre las estrechas calles de la antigua ciudad de Damasco, donde Ranir encontrará la salvación, como los cientos de mujeres acogidas durante los últimos ocho años por la hermana **Safaa Elbitar** y la hermana **Georgina Habach**, ambas sirias. “Trabajé en África, en Europa y durante un tiempo también en Beirut”,

explica la hermana Safaa en la sala del convento donde nos recibe. “Decidí volver aquí porque quería ayudar a mi gente. Yo también fui desplazada y víctima de la violencia durante la guerra civil siria y el régimen de **Asad**. Conocía muy bien ese dolor, ¿quién mejor que yo para ayudar a quienes aún lo padecían?” En 2017, junto con Georgina, Safaa inauguró el convento de las Hermanas del Buen Pastor en Damasco. Mientras habla de ello, sus ojos verde esmeralda brillan, “para nosotras fue una revolución abrir este lugar”, dice.

“Cuando me hicieron entrar en el convento, no me fiaba. Temía que las hermanas tuvieran un acuerdo con mis padres y me llevaran de vuelta”, admite Ranir, “pero no tenía otra opción: o me quedaba con ellas o me suicidaría y mataría a mis hijos. Poco a poco empecé a confiar y con el tiempo me sentí segura. Vivía con otras mujeres que habían escapado de la violencia doméstica y pude contar con terapia para mí y mis hijos. Todos se volcaron conmigo, desde las hermanas, pasando por los servicios sociales hasta la terapeuta y la abogada. Cada una de ellas cambió mi vida”.

Las Hermanas del Buen Pastor, además de abrir el convento, han impulsado distintos proyectos para la protección de las mujeres y sus familias. Por ejemplo, el centro antiviolencia y el refugio que, ahora tras la caída del régimen de Asad, ha sido cerrado a la espera de ser trasladado a un lugar secreto para evitar que sea desmantelado. El refugio también está compuesto por una serie de casas alquiladas por las religiosas a las afueras de la ciudad, donde



la libertad

mujeres como Ranir viven por un tiempo a la espera de estar completamente seguras y ser independientes. “Además del refugio –continúa la hermana Sanaa– fundamos el *Trust Center*, el primer centro de psicoterapia en Siria donde trabajan asistentes sociales, para ayudar a cualquier persona que lo necesite, de cualquier sexo o religión. También tenemos el *Feminist Support Center* para niños y sus padres. Y, por último, contamos con el *Family re-liberation*, único centro en el país de terapia de pareja; y el *Family Guidelines*, que ayuda a los jóvenes a seguir por buen camino y conocer la palabra de Dios”.

A salvo con las religiosas, aunque no sin dificultades, Ranir consiguió obtener el divorcio: “Después de recibir el primer apoyo psicológico, comencé a trabajar con la abogada en los documentos legales.



Safaa Elbitar,
hermana del Buen Pastor

Me sentí libre finalmente cuando dejé de ser legalmente la esposa de ese hombre. Recuerdo que repetía constantemente a la abogada que este es un mundo solo para hombres. Ella se enfadaba mucho conmigo. Estar con las monjas me enseñó que se pueden reivindicar los derechos de las mujeres hasta dentro de la legislación siria. Esto cambió mi manera de pensar y ahora sé que este no es solo un mundo de hombres, no es solo una sociedad de hombres. No me quiero quedar aquí sentada esperando a que un hombre tome el control de mi vida”, afirma la mujer con lágrimas en los ojos.

Preparada para empezar

Normalmente el tiempo máximo de estancia en el albergue es de seis meses, pero si es necesario, las monjas pueden permitir a las mujeres quedarse algo más de tiempo. Despues de cinco meses y medio, Ranir decidió que es hora de marcharse: “Me sentía preparada, mejor que nunca en mi vida. Así que me di cuenta de que era hora de irme. La hermana Georgina me había dicho que podía quedarme un año porque sería lo mejor para mis dos hijos pequeños, pero quería demostrarle a mí misma que podía hacerlo. Hoy me siento muy orgullosa de mí. Esta casa la arreglé yo sola, me compré yo misma un teléfono y acepté todos los trabajos posibles para poder sobrevivir y dar una vida digna a mis hijos”.

Ahora el sueño de Ranir es abrir un salón de belleza, pero tiene que esperar para hacerlo. Como todos en el país, todavía no sabe qué pasará con el nuevo gobierno de transición y, como mujer y cristiana, teme que haya limitaciones. “No estoy pensando en casarme otra vez, pero como soltera no soy bien vista en la ciudad. Últimamente me han preguntado por la calle que qué hacía sola. Nadie sabe ahora mismo cómo será el futuro”. Ranir pediría una cosa al nuevo gobierno: que se aumente el subsidio para mujeres solteras con hijos. “Por ley, mi exmarido ahora me da unos 50 dólares al mes, que aquí en Damasco es muy poco; ni siquiera puedo comprar verduras a los niños. Me gustaría que el nuevo gobierno cambiara esta ley porque la libertad se logra con leyes, incluida la libertad de las mujeres”, concluye.

La tarde cae sobre Damasco, Ranir prepara la cena para sus dos hijos mientras afuera el muecín llama a la oración. En las calles solo hay hombres, lo que nos recuerda que las mujeres sirias todavía tienen miedo de salir de noche.

¿Qué queda de Nicea?

CRISTINA SIMONELLI

Nicea, hoy Iznit, en Turquía, fue testigo de un acontecimiento hace 1.700 años: el “Primer Concilio Ecuménico”. La expresión significaba “toda la tierra habitada”, pero desde que fue reconocida por distintas denominaciones cristianas, hoy podemos llamarla “ecuménica”. Quizá por ello el aniversario ha traspasado los libros de Historia y suscita interés en ambientes eclesiales muy diferentes. El Concilio ha sido mencionado durante el Sínodo sobre la sinodalidad; ha sido objeto de acontecimientos ecuménicos como el encuentro de Fe y Constitución que tendrá lugar en Egipto; se ha recordado en la Bula de convocatoria del Jubileo Católico; y también ha sido objeto de estudio del Secretariado para las Actividades Ecuménicas (SAE).

El evento del año 325 se desarrolló no con pocos problemas porque sobre la mesa estaban al menos tres cuestiones relevantes: cómo hablar de Dios, si es posible uniformar la fecha de la Pascua y cómo discutir y regular los diversos aspectos de la vida eclesial. Esto ocurrió al comienzo del cambio de rumbo en las relaciones con el imperio y con una fuerte presión por parte de Constantino. Nadie hubiera querido más persecuciones, pero ¿estamos seguros de reconocer a estos emperadores, porque se profesan cristianos, mientras ejercían un poder ilimitado y dominador? El Sínodo decidió algunas cosas rápidamente, pero abrió un período turbulento de exilios, violencia y anatemas: ¿estamos dispuestos a pagar este precio por una profesión de fe común? Imágenes posteriores muestran una Iglesia representada por mitras y púrpuras que, del Imperio, pasa a un grupo enteramente episcopal, un mundo masculino y jerárquico.

Nos planteamos algunas preguntas: ¿Celebrar el aniversario puede ser un momento de arrepentimiento y de conversión? ¿Se pueden conmemorar solo los elementos positivos o sus numerosas sombras? ¿Nos puede impulsar a buscar una comunión acogedora que? Creo que es posible, si abandonamos la apología de régimen para acoger historias plurales, disensos y también consensos, no impuestos, sino compartidos. Nicea es un signo de esperanza para intentar pronunciar juntos el “nombre de Otro u Otra” que por brevedad llamamos “Dios”, puede ser un tiempo pacificador.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



Universidad patrocinadora de este suplemento